

Entre las relaciones de la muerte del duque de Enghien, que nos ofrecen las historias generales ó particulares, la mas imparcial, hemos dicho, la mas política, la mas benévola quizá, es la de M. Thiers. Los libros XVIII y XIX de la *Historia del Consulado y del Imperio* son un estudio muy completo y muy elevado del problema que nos ocupa.

M. de Vaulabelle y M. de Lamartine en su *Historia de la Restauracion* solo tenian que tocar de paso este punto histórico. Asi lo ha hecho muy sobriamente el primero, con un loable deseo de imparcialidad, con un afan de exactitud que no obstante no le ha librado de uno de los mas graves errores. El segundo, en este trabajo prematuro, impersonal, que ha decorado con el nombre de historia, da un lugar enorme á esta obra dilatada; pero segun su deplorable costumbre, ó copia, sin citar los estudios concienzudos, ó remplaza la crítica con la imaginacion, la pasion ó la fantasia.

Mad. de Stael, en sus *Diez años de destierro*; M. de Chateaubriand, en sus *Memorias de Ultratumba*, se hacen ecos de pasiones que hoy han desaparecido, y se atribuyen en este acontecimiento, asi como en todos los de la época, con una singular candidez de orgullo, una importancia personal que no existió nunca sino en su cerebro.

M. Desmarest, jefe de la policia de seguridad, desde el 18 brumario hasta el fin del Imperio, talento de los mas finos é ilustrados, ha dicho en sus *Testimonios históricos ó Quince años de alta policia bajo Napoleon*, no todo cuanto sabia, sino todo lo que podia decir, y su curioso bosquejo hace comprender toda una parte de la conducta del primer cónsul.

El artículo *Enghien* de la *Biografía universal* del señor baron de Marguerit, lleva el sello de las pasiones de la época; en él se encuentran graves errores, entre otras importaciones absurdas de malos tratos y de proceder indígnos de que se supone víctima al ilustre prisionero. El artículo parece haber tenido por verdadero objeto consignar los pretendidos servicios hechos por el autor y por M. Michaud mayor en las conspiraciones realistas del tiempo.

Esta corta revista de los manantiales que hay que consultar, dice bastante con qué desconfianza debe beberse en ellos. Pero hay uno que casi puede declararse excelente; tal es la monografía en dos volúmenes en octavo (París 1844) que publicó monsieur Augusto Nougere de Fayet, con el título de: *Investigaciones históricas sobre el Proceso y la Condenacion del duque de Enghien*. Este trabajo muy completo, casi absolutamente imparcial, en que solamente la conspiracion de Jorge Moreau Pichegru representa un papel desproporcionado, ha suplido desde entonces á todos los historiadores y á todos los publicistas. Solo M. Thiers, conforme á sus hábitos de alta probidad literaria, lo cita con grandes elogios.

Despues de haber consignado los juicios tan diversos hechos sobre este asunto desde hace medio siglo; despues de haber indicado las fuentes de una opinion definitiva, restará tal vez que preguntarse, con los celosos amigos de nuestras mas brillantes

glorias nacionales, si no valdria mas callar que hablar en semejante materia. Nosotros profesamos la opinion exactamente contraria. El silencio por sí, no es nunca bueno para nada y solo sirve á la pasion y á la calumnia. Supóngase un Tiberio, mas aun, un brutal Calígula, un Claudio imbécil, la publicidad dada á sus actos, esplicará sin duda y justificará tal vez algunos de ellos; el tirano mas sanguinario tiene algunos sentimientos de hombre, y solamente la historia, á la manera de Tácito, ó el melodrama de los bulevares, han imaginado el tirano abstracto y todo de una pieza. Si pues puede ser buena la luz aun respecto de esos soberanos que deshonraron el poder; ¿cómo imaginarse que pueda ser dañosa á aquel cuya grandeza proclamaron sus mismos enemigos? ¿César cometió mas de una falta, y por eso dejó de ser César? ¿Con ocultarme sus debilidades pretendereis hacerlas desaparecer? Singular y peligroso homenaje de amigos imprudentes que quisieran tendernos un velo delante de los ojos, á riesgo de hacernos sospechar detrás de él todo lo que no existe.

Napoleon, mas prudente, amaba en todo la luz, y raras veces la temió. El fue, no lo olvidemos, el publicista mas infatigable de su siglo. Solo una vez quizá, y fue con motivo de este desgraciado asunto, guardó y mandó guardar el silencio; y de este silencio, salieron, como de la noche mitológica, esas sombras que oscurecen aun en el dia uno de los actos de su vida, el error y la calumnia.

Acababa de violarse abiertamente por Inglaterra la falsa paz de Amiens, en la primavera de 1803. El primer cónsul se veia obligado á emprender con la primera potencia marítima del mundo, una lucha suprema, y acogiendo su genio, para desarrollarlas, las grandes concepciones de Luis XVI y del directorio, maduraba el atrevido designio de una invasion en Inglaterra. Este plan adivinado en breve en Londres, fue acogido allí primeramente con sonrisas de orgullosa piedad; pero cuando se manifestó el pensamiento enemigo en las riberas de la Mancha, con la presencia de un ejército tal cual jamás habia visto semejante la Europa, y una enorme flota, destinada á cruzar el Estrecho, conoció la Inglaterra que era vulnerable. En una nacion dotada hasta este punto de espíritu nacional y de espíritu de supremacia, un peligro grave engendra desde luego la locura del miedo, y despues la del odio. Las ansiedades súbitas del gobierno británico se interpretaron como un esfuerzo admirable de defensa, y cuando conoció la impotencia de sus precauciones, no vaciló (porque jamás vacila en esto) en emplear para defenderse los medios mas vigorosos, los mas reprobados por la moral general.

En el 3 de nivoso del año IX (24 de diciembre de 1800) mostró lo que se podia esperar de un enemigo como la Inglaterra un odioso atentado contra la vida del primer cónsul, el complot de la máquina infernal. Bonaparte se equivocó en un principio entonces; sospechando por hábito que esto era obra de los jacobinos. Ya los habia hecho deportar en masa; ya habia castigado á los conspiradores de la Opera, casi olvi-